

Inconsciente noumeno

Guy Le Gaufey

¿Qué seríamos pues nosotros sin el auxilio de lo que no existe? Poca cosa, y nuestras mentes desocupadas languidecerían si las fábulas, los malentendidos, las abstracciones, las creencias y los monstruos, las hipótesis y los supuestos problemas de la metafísica no poblaran de seres y de imágenes sin objeto nuestras profundidades y nuestras tinieblas naturales.

Paul Valéry

Freud habrá detestado la filosofía...sin repugnancia (Stuart Mill). La habrá combatido...sirviéndose de ella (Brentano). Le habrá rehuido...de cerca (Schopenhauer). En resumen, debería concederse al conjunto de la obra freudiana el *grand prix* de la ambivalencia en relación a la filosofía y pasar por alto un estudio sobre este tema¹ que nos ofrece toda la (delgada) materia textual disponible. Para aventurarnos de nuevo en este pantano, no nos armaremos aquí sino con una dudosa² broma de Freud, quien pregunta a Paul Häberlin, en presencia de Ludwig Binswanger, si aquello que Kant llamaba la “cosa en sí” no era lo que, por su parte, él nombraba como “inconsciente”.

De inmediato, Binswanger declaró “filosóficamente insostenible” la comparación, y, dado el adverbio, no le discutiremos aquí el adjetivo. Häberlin, una vez narrada la historia, se contentó con reír. Pero si el inconsciente, al decir de su inventor, es tan poco fenoménico como lo deja

¹ Assoun, P.L, *Freud: la philosophie et les philosophes*, PUF, París, 1976. [En español, *Freud, la filosofía y los filósofos*, Paidós, Madrid, 1982].

² “Una ingenuidad medio fingida” [*une naïveté à moitié feinte*], dice Assoun, *op.cit.*, p.174.

entender esta rápida y maliciosa correspondencia, ¿qué conclusión sacar? Kant no ha creído necesario considerar un “noúmeno dinámico”, ni otorgar a la cosa en sí muchas propiedades positivas. ¿Por qué diablos quien no cesó de afirmar que su inconsciente era otra cosa que lo no-consciente se dispuso a retirarlo del orden fenoménico? Si agregamos que al momento de proponer su “pulsión de muerte” se apuró a presentarla como una pura “especulación”, ¿tenemos allí, bajo el manto de un hombre de ciencia y experiencia, un fabricante de sistema dispuesto a pagarse una consciencia denunciando sus *alter ego*?

El hecho de postular un más allá o un más acá de la representación es una constante epistémica en Freud: del ombligo del sueño al coito de los Pankejeff una noche de verano, pasando por la represión primaria, el motivo secreto del fantasma, el asesinato del padre totémico o el primer Moisés, no faltan perspectivas en las que lo esencial está enunciado más allá de toda investigación mundana capaz de establecer la veracidad de los hechos o el detalle histórico del acontecimiento. Una especie de priapismo interpretativo viene a dar forma y consistencia al blanco proclamado del texto, para hacer aparecer ese mismo texto como el *resultado* de una elaboración truncada que obliga a postular un contenido anterior, caído en el olvido y rico en información. El esquema que ordena *La interpretación de los sueños*, queda, en este sentido, preñado de una ontología que nada pondrá en duda luego. Existe el texto (del sueño, del síntoma, del delirio, etc.), pero está desdoblado metodológicamente: bajo el adoquín del fenómeno manifiesto, lo latente hace playa, allí donde se recuestan las primeras inscripciones³. Al intérprete le toca articularlas, no tanto como verdades ocultas sino más bien como el bosquejo comprometedor de aquello que no habrá podido acceder a la manifestación sin soportar ser triturado por la censura. Este andamiaje vale como prueba de existencia de un inconsciente que, por lo tanto, no será llamado jamás a manifestarse *como tal*, sino como lo que la censura habrá marcado con su impronta.

¿Qué tipo de existencia otorgarle a este inconsciente que, por el momento, no tiene otro estatuto que el de hipótesis heurística? Tenemos

³ La frase remite al slogan de Mayo del 68, “*sous les pavés, la plage*”, “bajo los adoquines, la playa”. [T.]

aquí la elección entre Descartes y Newton. El primero, en sus *Principios de la filosofía*, empuja los límites hasta aquí:

Deseo que lo que escriba sea sólo tomado por una hipótesis, la cual quizá esté muy alejada de la verdad; pero aun si así fuera, creeré haber hecho mucho si todas las cosas que de ella se deducen son enteramente conforme a las experiencias: ya que no será menos útil a la vida que si fuera verdad, en tanto se podrá hacer uso de ella para disponer las causas naturales a producir los efectos que se deseen⁴.

Y desde el capítulo 45 en adelante, redundante: “incluso aquí supondré algunas que considero falsas”, para titular su capítulo 47: “Que su falsedad no impida que lo que de ellas sea dicho sea verdad”. Por supuesto, en este laberinto, puede contar con el operador lógico de la implicación, el cual permanece válido mientras se infiera lo verdadero de lo falso, quedando prohibido, en cambio, la inferencia de lo falso a partir de lo verdadero⁵. Está permitido, entonces, hacer hipótesis en las que la verdad no está en juego, pero con esta consecuencia indeseada: en tanto no las supongo verdaderas, no puedo otorgarles un antecedente, ya que si son falsas no pueden proceder sino de lo falso. Y, ¿quién haría el esfuerzo de desplegar cadenas de falsedades? Posiblemente, la hipótesis en el sentido de Descartes es por ello fuente de inteligibilidad, en la medida en que se presenta como un antecedente lógicamente válido del fenómeno, pero funciona como un callejón sin salida para toda investigación hipotético-deductiva que quiera encontrar más arriba de qué resulta ella misma el consecuente.

A esto, Newton responde en el *General Scholium* de la tercera edición de sus *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*:

Todavía no fui capaz de descubrir la razón de dichas propiedades de gravedad a partir de fenómenos, y yo no simulo hipótesis. Porque aquello que, sin importar lo que sea, no es deducido de fenómenos debe ser tomado

⁴ Descartes, R. *Les principes de la philosophie, Œuvres complètes*, Édition Alquié, tomo III, Garnier-Flammarion, París, 1973, p.247.

⁵ Lo verdadero de lo verdadero y lo falso de lo falso resultan eminentemente válidos.

como una hipótesis: y las hipótesis, sean metafísicas o físicas, basadas en cualidades ocultas o mecánicas, no tienen lugar en la filosofía experimental.

Lo que existe (fenómenos) proviene de lo que existe, a saber, otros fenómenos que no siempre resulta posible aprehender como tales pero que, bajo ciertas condiciones, está permitido postular a la espera de procedimientos técnicos y/o conceptuales que posibiliten su acceso. Y una vez llevadas al fenómeno, estas hipótesis podrán ser cuestionadas, suscitar otras hipótesis previas a ellas, y así la ciencia hipotético-deductiva podrá desarrollarse consolidando siempre mejor sus bases.

En su falsa reverencia a Kant, la anguila Freud se desliza entre estas dos posturas. Es necesario que el inconsciente exista (incluso se les pide a los analistas que crean en él), pero la vía de su manifestación fenoménica lo desnaturaliza *por definición*. Entonces sí, hay noúmeno en el inconsciente freudiano en el sentido de que su calidad de hipótesis heurística va acompañada de un fuerte coeficiente de existencia, aun si esta existencia se escabulle como tal.

Esta ambigüedad existencial es común a las denominaciones negativas. Si coloco un prefijo privativo delante de un concepto cualquiera, surgirán dos cosas diferentes según me haya dado o no, previamente, un universo de discurso. En el primer caso, mi negación producirá el complementario de este concepto, designando así todo lo que no le pertenece. No es nada muy preciso, pero tiene el mérito de existir. En el segundo caso, si no me di ningún universo discursivo de este orden, mi negación me dejará con las manos vacías, incapaz de saber si por ella obtengo algo o nada. Para reducir de manera operatoria la inmensidad que resulta de la hipótesis de un universo⁶ en el que se efectúa una negación, se agregan frecuentemente algunas determinaciones positivas que circunscriben en el complementario así recortado una nueva entidad que le confiere una identidad, desprendida del *Tou va-bou*⁷ que era este simple complementario del concepto obtenido por vía de la negación.

⁶ En general implícito. En Freud, será algo así como “el psiquismo” o “el aparato psíquico”.

⁷ En hebreo en el original. La expresión significa “caos primitivo” o “confusión” y aparece en el Génesis como designación del estado previo a la creación divina. [T.]

Así “in-consciente” designa en primer lugar todo aquello que escapa a la consciencia –lo cual no resulta nada simple en la medida en que la consciencia puede dirigirse hacia cualquier cosa en tanto esta cualquier cosa la ha presentado y sometido. Pero una vez reconducido al psiquismo sobre una base al mismo tiempo neuronal, representacional y afectiva, el inconsciente se ve dotado de propiedades (investiduras “no ligadas”, ignorancia del tiempo, asociación por simultaneidad, etc.) que podríamos creer relacionadas con una realidad humana del tipo “aparato” (el aparato neurovegetativo) o “sistema” (el sistema nervioso central, el sistema cardiovascular). Y cuando eso se complejiza en tópicos (Icc/Pcc/Cc, Ello/Yo/Super-yo), dejamos de dudar que haya allí un componente del ser humano tan consistente como un hígado o un pulmón. “Mi inconsciente...”, se escucha decir. Esta banalización lingüística signa la apropiación positiva del concepto negativo, a partir de ahora reconocido, privatizado y de tal manera ontologizado por considerársele como un fenómeno natural.

Ahora bien, no se trata de un fenómeno. Por lo tanto la dificultad perdura. Y allí ocurre algo que sostiene la consistencia singular del saber freudiano, esa consistencia que mantiene a Freud por fuera del campo filosófico. Se lo dice sin ambages a Eitingon mientras este último intentaba exaltar los méritos de la obra de Chestov:

Usted no se da una idea hasta qué punto me resultan ajenas todas esas contorsiones filosóficas. Tengo un profundo sentimiento de satisfacción por no contribuir a ese despilfarro deplorable de la capacidad de los humanos de pensar⁸.

La energía de este rechazo no debe buscarse en la idiosincrasia de Freud: más bien en la incapacidad constitutiva del saber que él inventa a propósito del inconsciente de alejarse demasiado del caso. El indudable placer de la construcción intelectual no debe tomar el lugar del problema

⁸ Citado por Grubrich-Simitis, I. en su artículo “*Wie sieht es mit der Beheizungs und Beleuchtungsfrage bei Ihnen aus, Herr Professor?*“ *Zum Erscheinen des Freud-Eitingon-Briefwechsels*, en *Psyche* 59, marzo 2005, p. 286. Le debo a Fernand Cambon haberme señalado y traducido este pasaje.

suscitado por la realidad clínica, aun si los rodeos impuestos parecen, llegado el caso, interminables. El descontento demasiado conocido de Freud contra los *Weltanschauungen* de los filósofos se debe a esta conminación de tener que responder a la disparidad de preguntas suscitadas por una “naturaleza” proliferante. Es también en este punto que le hace sufrir a la clínica médica una singular torsión.

En *El nacimiento de la clínica*, Michel Foucault supo mostrar, en detalle, el viraje semiótico por el cual una concepción clásica del síntoma médico como manifestación visible de una enfermedad invisible cedió su lugar al signo clínico en tanto significante casi transparente de un significado que, articulado a otros, da a conocer todo lo que hay que conocer de la enfermedad. Este, por lo tanto, no es más que un nombre para reunir sin pérdida todos esos signos que no hacen más que repetirse y ordenarse de manera diferente de una enfermedad a la otra⁹. Sobre el principio del análisis traído a la luz por Condillac, se constituye en el campo médico la convicción según la cual es posible descomponer toda enfermedad en un número finito de elementos diversamente dispuestos, así como todas las palabras de una lengua no son más que disposiciones de un número finito (y restringido) de letras. Este principio de inteligibilidad es muy poderoso, pero le proporciona un golpe fatal al *ser* de las enfermedades hasta allí concebidas como entidades mórbidas listas para tomar posesión de los cuerpos, y reducidas de ahora en más a un cierto número de disfunciones locales que logran expresarse por combinaciones a veces complejas de un número limitado de signos. La mirada clínica cesa entonces de buscar una profundidad ilusoria de la enfermedad para agotarse en los efectos de superficie en los que se ofrece a la mirada a lo largo de signos sin espesor, no importa cuán intrincados estos sean.

⁹ “Preguntar qué es la esencia de una enfermedad, ‘es como si usted preguntara cuál es la naturaleza de la esencia de una palabra’”. Cabanis, P. *Du degré de certitude*, París, 1819, p.86. Un hombre tose; escupe sangre; respira con dificultad; su pulso es rápido y duro; su temperatura se eleva: tantas impresiones inmediatas, tantas letras, por así decir. Todas reunidas conforman una enfermedad, la pleuresía: “¿Pero qué es entonces la pleuresía? Es la concurrencia de estos accidentes que la constituyen. La palabra pleuresía no hace más que volver a trazarlos de una manera más breve.” (Ibíd.) Foucault, M., *Naissance de la clinique*, PUF, París, Marzo 2000, p.120 [en español, *El nacimiento de la clínica, Una arqueología de la mirada médica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001].

El síntoma freudiano rompe con este nuevo y triunfante equilibrio de la medicina clínica del siglo XIX en el sentido en que resulta de una “*Bildung*”, una formación: *formación de compromiso, formación de síntoma, formación sustitutiva, formación reactiva*, parece evidente que lo que se manifiesta como signo en este campo debe ser aprehendido siempre como término de un proceso en el que significativo y significado no parecen más “pegar” tan bien como en la aproximación clínica a la manera de Cabanis o Bichat. De hecho, el hallazgo inicial del “*après coup*” llamado a regir el síntoma freudiano, pone patas para arriba por sí solo el decoro semiótico de la nueva medicina.

El ejemplo princeps que inaugura esta perspectiva se encuentra en el segundo capítulo de *Proyecto de una psicología para neurólogos*, que una tardía pero bienvenida traducción nos lo permite finalmente leer hoy en francés¹⁰. Emma no puede ir sola a comprar ropa. Freud pregunta hasta obtener un primer recuerdo: a la edad de doce años, va (¿sola?) a una tienda donde dos empleados – ella recuerda todavía uno de los dos– se ríen de ella. Tomada por un *afecto de espanto*, huye. Sólo puede decir que probablemente se burlaron de su vestido y que uno de ellos le había gustado. Reacción de Freud: si nos atenemos a esto, no comprendemos nada (Freud está buscando las relaciones de esta coacción con la represión, postulando, desde el comienzo, la hipótesis de que hay que encontrar fenómenos de “desencuentro sexual”, los únicos capaces de llevar al aparato psíquico excesos brutales de cantidad que, explicando el dolor, permitirían comprender la represión como huida inconsciente de ese dolor). Prosigue entonces su interrogatorio, hasta obtener un segundo recuerdo. Acá, resulta mejor seguirlo a la letra:

Sin embargo, una nueva investigación pone al descubierto un segundo recuerdo que ella duda haber tenido al momento de la escena I. Esto, por cierto, no está probado¹¹. Siendo niña, a la edad de ocho años, fue dos

¹⁰ Freud, S., *Lettres à Wilhelm Fliess*, PUF, París, 2006, traducción de Françoise Kahn y François Robert, p. 651-663 [en español, *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Nueva edición completa, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2008].

¹¹ No sigo aquí a PUF [Presses Universitaires de France], quien, en su trabajo reciente ha traducido la frase “*Es ist auch durch nichts erwiesen*”, por “Nada, por cierto, viene a comprobar el recuerdo”, dejando creer así que el “segundo recuerdo”, aquel con el viejo almacenero, estaría puesto en duda por Freud. Sin embargo, parece que la única cosa de la que duda en

veces a la tienda de un viejo almacenero para comprar dulces. El patrón le pellizó los genitales a través del vestido. A pesar de esta primera experiencia, fue una segunda vez. Después de esta segunda vez, no apareció más. Se reprocha el haber ido una segunda vez, como si con eso hubiese querido provocar el atentado. De hecho, es a esta experiencia que puede ser remitido un “estado opresivo de mala consciencia”.

Comprendemos ahora la escena I (empleados), si le sumamos la escena II (almacenero). Necesitamos solamente un lazo asociativo entre las dos. Ella misma indica que este lazo lo proporciona la *risa*.

La escena I (empleados) no es en nada el “significado” del signo cuya cara significante estaría constituida por la imposibilidad manifiesta y presente de ir a comprar ropa sola. Y tampoco la escena II con el almacenero se puede considerar como el significado profundo y traumático que decidiría por sí solo la significación sexual del signo presente. El trauma no es un acontecimiento más grave, más antiguo, por sí mismo inasimilable: no deviene tal sino porque un nuevo sentido, que no existía en el momento de la escena con el almacenero, se impuso allí sin que sea posible saber ni cuándo ni cómo.

Aquí se sitúa la tesis freudiana por excelencia, que se presenta en principio como una suerte de constatación en la historia del desarrollo del niño: hay dos tiempos en el desarrollo de la sexualidad, el niño no puede comprender *físicamente* un cierto número de datos sensoriales y emotivos sino con el advenimiento de la pubertad. Nos aferraremos en lo que sigue sólo a las consecuencias semióticas de una doctrina tal, en tanto obliga a considerar que la impresión de un recuerdo puede encontrar su sentido, su significación, sólo en un tiempo segundo, él mismo dependiente de otros acontecimientos contingentes. De tal suerte que la anamnesis o la sola dimensión histórica y diacrónica, son consideradas insuficientes para producir el sentido traumático que conduce a la represión. Sin embargo, de la misma manera que esta introducción en dos tiempos de la sexualidad, el fantasma también se intercala en las representaciones que pueblan la vida

este pasaje es del hecho de que Emma se haya acordado o no de este segundo recuerdo durante la escena con el empleado, a quien nunca olvidó. Cf. Freud, S. *Lettres...*, op.cit., p.658.

mental de un sujeto: sin que se sepa bien ni dónde ni cuándo, es él quien vendrá a retocar, aclarar, disponer fragmentos de escenas vividas para hacerlas soportar un sentido y un valor de los cuales nada permite saber si eran portadoras al comienzo, o si los adquirieron en el pliegue y repliegue de la vida psíquica.

La persecución de los pedófilos se encuentra atrozmente complicada, y la justicia, por veces, destrozada, pero el hecho está ahí: la constitución del síntoma no sigue una lógica lineal que permitiría ir del signo a su sentido y a su causa de manera voluntaria a través de una investigación factual realizada por un Sherlock Holmes talentoso. Nada permite saber, en la historia de Emma, en qué momento la escena con el viejo almacenero tomó una coloración sexual tal que, cuando uno de los empleados se pone a reír *como el viejo*, la escena donde éste se encuentra se carga repentinamente de un sentido sexual sin el cual resulta inofensiva. Algo ha pasado entre las dos escenas que dio su sentido *après-coup* a la escena II, *pero sería un grave error acorralar este algo en la naturaleza misma de esta escena* que nosotros, observadores del conjunto de las secuencias, podemos fácilmente leer como impronta de una sexualidad brutal y casi desenfrenada, impuesta sin vergüenza a la pobre niña.

El psicoanálisis nació de esa refutación del lugar de observador intemporal a quien le sería ofrecido el saber en una perfecta sincronía. Acostumbramos a decir que el genio de Freud ha consistido en tomar al pie de la letra lo que le confiaban sus pacientes histéricas. Es una forma de decir. Diremos, con más exactitud, que supo momentáneamente despojarse de ese lugar de clínico a la Charcot, en el que el observador se tiene por tan sutil que no se le ocurre que podría haber elementos decisivos que escapan a su investigación justamente porque está en posición de observador, y que, no sólo eso se ve, sino, aún más, ordena los fenómenos de una manera que puede revelarse engañosa.

Resta comprender por qué aquello que Freud descartaba de esta medicina clínica, de esta inocencia de la mirada, lo alejaba tan indubitablemente de la filosofía.

¿Cómo puede imaginar, a partir de ahora, acceder a lo que, *por principio*, se escabulle de su investigación en tanto resulta más acá de toda

memoria? Respuesta: por la magia de la transferencia. Lo que no puede ser rememorado en el paciente se encuentra puesto en acto con la ayuda de una representación-fin que no es otra que “aquella de su persona¹²”, por lo que en posición de analista habrá aceptado la imposición que le fue hecha de ser ese partenaire de ninguna escena memorizable, ese personaje imaginario con quien, en la relativa soledad de la vida psíquica, se forjaron los fantasmas del paciente que darán sus colores a las escenas por venir¹³. Sin embargo, esta transferencia y su consideración [*sa prise en compte*] no se reducen a una astucia técnica destinada a paliar los inconvenientes de la hipnosis, sino que abren por sí mismas un océano de problemas prácticos y teóricos.

Reconociendo que su necesario rol de observador conoce un *limite interno* frente al objeto que se propuso desde el comienzo – el inconsciente–, Freud-el-analista descubre por tanto casi al mismo tiempo que ocupa en persona, aun si con múltiples diferencias, el lugar de quien falta en el cuadro. La neurosis, digna hija del sueño, es también un jeroglífico, pero – ¡sorpresa! – el analista está allí como pre-inscripto, bajo la condición, sin embargo, de que no busque una imagen de sí que le convenga sino que acepte ser engañado por este “falso nudo” que es en su comienzo mismo *una* transferencia.

Con la confesión de *la* transferencia, Freud se encuentra entonces con lo que no duda en llamar “una corrección humillante para nuestra cienti-

¹² “*Die meiner Person*”: expresión empleada por Freud cuando presenta las dos representaciones-fin que el paciente mantiene al mismo tiempo que se aplica a seguir la regla fundamental diciendo todo lo que le viene a la cabeza, y por lo tanto suspendiendo toda representación-fin. Este no deja de mantener, dice Freud, al menos dos representaciones a nivel inconsciente: una según la cual todo aquello sigue siendo un tratamiento, y la otra...”*ist die meiner Person*”. Freud, S., *Traumdeutung*, Studienausgabe vol.II, Fischer Verlag, Frankfurt, 1972, p.509.

¹³ Recuérdese aquí ese momento del análisis del hombre de las ratas en el que Freud interviene para decirle a su paciente que él, por su parte, no tiene la intención de ser cruel como el capitán que ordena el suplicio de las ratas. Respuesta del paciente: “Sí, mi capitán”. Freud, S. *L’Homme aux rats. Journal d’une analyse*, PUF, París, 1974, p.53. Traducción de Elza Ribeiro Hawelka [en español, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del ‘Hombre de las ratas’)”], en Freud, S., *Obras completas*, tomo X, Amorrortu, Buenos Aires].

ficidad¹⁴”. Y no podemos más que darle la razón: ¿es posible imaginar un científico que, por una parte, proclame que sus experimentos no pueden ser observados más que por él mismo¹⁵, pero que, además, haga de su persona uno de los elementos claves del cuadro?

¡Bueno, lo aceptamos!, se responderá. ¿No es lo propio de la filosofía desde al menos Platón y su banquete provocar transferencias, atraer hacia las altas cumbres de la cultura las pasiones de los jóvenes intrépidos y ávidos de saber? ¿Freud hace otra cosa al desplegar de este modo un método – diván, sillón, asociación libre– que lo instala en el lugar de un saber imposible de conquistar, de donde la verdad cae al ritmo de las interpretaciones elegidas? La objeción sería perfectamente admisible, y Freud llevado nuevamente al panteón filosófico, si desde el comienzo no hubiera considerado esta transferencia como un artefacto *en su principio reductible una vez producido el saber*.

¿Cuál es entonces la parte de verdad, cuál es entonces la realidad sustancial del amor de transferencia? He aquí la cuestión a la que conduce, para terminar, este aparato burlón del inconsciente versión noúmeno. Ya que si la transferencia viene al lugar de lo que no puede ser recordado, ¿qué peso de ser le debemos otorgar a este bricolage que lleva por nombre “fantasma”? El Aga Khan, al menos, valía su peso en oro; ¿el analista no vale nunca su peso sino en fantasma, allí por donde amor y deseo lograrían conjugarse? Conviene seguir aquí una nueva pirueta de Freud.

En su texto, hoy lavado por un siglo de comentarios en todo sentido, “Observaciones sobre el amor de transferencia”, Freud ilumina muy bien en qué este amor por el analista hace el juego de la resistencia, surgida

¹⁴ Una confesión así nos sorprende, trastorna nuestros cálculos (*Aber eine solches Geständnis überrascht uns; es wirft unsere Berechnungen über den Haufen*). ¿Es posible que hayamos descuidado la categoría más importante de nuestra operación? Y efectivamente, cuanto más avanzamos en la experiencia, menos podemos oponernos a esta corrección humillante para nuestra científicidad (*Und wirklich, je weiter wir in der Erfahrung kommen, desto weniger können wir dieser für unsere Wissenschaftlichkeit beschämenden Korrektur widerstreben*).“ Freud, S., *Die Übertragung*, Vorlesungen, Studienausgabe, vol. I, p. 425.

¹⁵ “Die ‘analytische Situation’ verträgt keinen Dritten.” (“La ‘situación analítica’ no sufre de terceros”). Freud, S., *La question de l’analyse profane. Propos échangés avec un interlocuteur impartial*, Gallimard, París, 1985, p.27.

para que el trabajo analítico tenga un final. Muestra los resortes infantiles, sólo capaces de explicar un movimiento afectivo sin aquello tan incomprendible como inoportuno. Hasta allí, este amor es el fruto evidente de la neurosis y el psicoanálisis conjugados, y Freud da al analista, embarrado por la irrupción imprevista de esos sentimientos estruendosos, el consejo de explicar a la paciente en qué sentido se trata allí de una formación totalmente artificial. Pero prosigue:

*Ich meine, wir haben der Patientin die Wahrheit gesagt, aber doch nicht die ganze...*¹⁶

¿Qué hemos olvidado, entonces? Nada menos que esto: todos los amores tienen ese pequeño costado infantil e irracional, de modo que:

*Resümieren wir also: Man hat kein Anrecht, der in der analytischen Behandlung zutage tretenden Verliebtheit den Charakter einer "echten" Liebe abzustreiten*¹⁷.

¡Ah! Pero entonces, ¿podría ser que amáramos lisa y llanamente... un espejismo? ¿Que haya en todo verdadero amor algo de esta precipitación infantil que nos hace amar un ser, casi independientemente de sus cualidades y defectos? ¿Y que sea necesaria la caída de un amor para que nuestros ojos se abran finalmente? ¿Habría que amar para saber, luego desamar para saber lo que así se ha aprendido? Extrañas perspectivas...

El artefacto del amor de transferencia, incierto incluso en sus incertezas (y por lo mismo, a veces, marcado por una terrible certeza), le da al saber adquirido por la cura su verdad: haber sido tan deseado. ¿Qué valdría este mismo saber una vez disipado ese amor (suponiendo que tal cosa suceda)? ¿Qué valdría la *sophia* sin la *philia*?

No mucho. La pasión freudiana se constituye en ese punto de encuen-

¹⁶ "Creo que le hemos dicho la verdad a la paciente, sin embargo no toda...". Freud, S., *Bemerkungen über die Übertragungsliebe*, Studienausgabe vol. XI, p.227.

¹⁷ "Nos resumamos: no tenemos derecho a negarle al estado amoroso que aparece en el transcurso del tratamiento analítico el carácter de 'verdadero' amor". *Ibid.*, p. 228.

tro en el que el saber inconsciente se ofrece como el blanco de la transferencia, allí donde me es dado saber al precio de una creencia no fundada en razones. La racionalidad que teje este saber no ocupa más, a partir de esto, que una parte del cuadro, y los enemigos viscerales del psicoanálisis lo presienten con razón, sin advertir que ellos mismos no escapan tan fácilmente a tenazas tan severas: nadie puede compartir un saber si primero no ha partido el pan común de un postulado. Tan racional como se pretenda, el saber analítico se sabe entonces bordeado por un real que escapa a su orbe, y esta falta-en-saber, más o menos noumenal en efecto, le confiere su consistencia especial en tanto instala en su objeto una brecha que este saber no puede fingir ignorar.

Freud no es, por lo tanto, Schliemann: él no pudo exhibir su descubrimiento como una Troya hasta entonces sepultada bajo las oscuridades y la ignorancia. El inconsciente no será jamás, en tierra filosófica, otra cosa que la condición de posibilidad de sus manifestaciones. Y ello resulta insuficiente.

Traducción: Daniel Groisman